



POBREZA Y RELIGIOSIDAD.

MARCELO COSTARELLI

· Facultad de Psicología, Educación y Relaciones Humanas, Sede Central.

· *E-mail:* costarellijesus_cen@ucp.edu.ar

El proceso de apropiación y re significación por parte de las franjas sociales empobrecidas de figuras religiosas.

Este trabajo se propone explorar desde un conjunto de reflexiones teóricas clásicas de la sociología, las creencias y prácticas religiosas en Corrientes (particularmente la figura de San Cayetano), focalizando la mirada en las franjas sociales empobrecidas. Se analizará el impacto de los procesos de apropiación y re significación de las actitudes y figuras religiosas por parte de los segmentos sociales menos favorecidos, esencialmente desde la óptica del interaccionadme simbólico de Mead.

Una extensa producción bibliográfica ha abordado y consolidado como campo analítico al vínculo entre sociedad, economía, religión y política. Desde la sociología europea clásica (Weber, 1984; Durkheim, 1996; Luckmann, 1989), se ha recreado el debate en torno a la existencia de esferas diferenciadas de valor o, por el contrario, a la conformación de espacios imbricados con fronteras difusas y legitimaciones recíprocas (Esquivel, 2010).

Mead ha considerado el pasaje de la interacción mediada gestualmente a aquella mediada simbólicamente, bajo el aspecto de la comu-

nicación. Muestra de que manera a partir de los gestos tengan origen los símbolos y de los significados naturales se originen las convenciones de significado simbólico, es decir la validez ínter subjetiva.

Los sociólogos han estudiado cuales son los aspectos del sí que son influenciados por los grupos sociales y cuanto espacio de libertad le queda al propio individuo. La estructura social puede ser considerada como compuesta de varios "Self" (si) en formas de roles, estos roles se caracterizan por su coordinación reciproca o por su conflictualidad. El modo en el cual se ven los otros y nosotros mismos esta determinado por las expectativas y el modo en el cual las personas se comportaran en estos roles. George Herbert Mead lo llamó "yo", "mí", y "otro generalizado" (Collins, 1999).

Para posibilitar el análisis que pretendemos realizar, a continuación explicaremos de manera sintética estos componentes de la teoría de Mead.

En la visión de Mead, "yo" es un concepto fundamental para el interaccionismo simbólico. Mead ve al "yo" como un organismo que actúa, no como un receptáculo pasivo que se limita a recibir y a responder a los estímulos. El "yo" es más actor que objeto de la acción. Es mucho más que una interacción de componentes de la estructura social y cultural. Es con mayor precisión, un proceso social, un proceso de interacción con la propia persona en la cual el actor humano se señala a si mismo las cuestiones que encuentra de frente a la situación en la cual actúa, y organiza su acción según la interpretación que el da a estas cuestiones (Wallace, Wolf, 2002).

Por otro lado el "yo" es siempre el sujeto de un enunciado, es el agente activo, es aquel que hace más que un objeto de la percepción o recipiente de una acción. El "yo" no es solo activo sino también auto reflexivo. Se pone de frente al mundo y es capaz de tratarlo como algo que existe fuera de si mismo, por lo cual es capaz de reflexionar sobre el mundo. El yo es también capaz de ponerse delante al self, de hacer de su propio "mí" un objeto de la propia conciencia, de reflexionar sobre si mismo. Esta autorreflexión no sería posible si el self no fuese diviso, al menos en dos componentes, el "yo" y el "mí".



Aquello que Mead llama el “mi”, es el “yo” en cuanto es visto del punto de vista de los otros. La partícula gramatical del discurso “mi” implica pasividad siendo un objeto: “yo” por otra parte, es siempre el sujeto de un enunciado, es el agente activo, es aquel que hace.

El “yo” no es solo activo sino también auto reflexivo. Se pone de frente al mundo y es capaz de tratarlo como cosas de afuera. Porque esta separado del mundo, y no es un objeto entre los objetos del mundo, es capaz de reflexionar sobre el mundo. El “yo” es capaz también de ponerse de frente al “mi”, y de hacer de él un objeto de su conocimiento, de reflexionar sobre sí mismo. Esta autorreflexión no sería posible si el “Self”, no fuese dividido en dos componentes el “yo” y el “mi”.

El “yo” es la parte del “self” (sí mismo) que da lugar a la libertad y la espontaneidad, y no debe ser identificado con el propio cuerpo físico. El “self” no es el cuerpo sino en propio proyecto en el futuro. Esta cualidad proyectual del “self” está presente en la actividad intelectual, en los movimientos físicos, y participa en la actividad social.

Concentrándonos sobre el “mi”, el “self” social, examinaremos de que está construido. Si en cambio nos concentramos en el “yo”, el lado espontáneo, en este caso podemos hablar de una sociología del proceso, de la dinámica y del movimiento social (Collins, 1999).

“En la relación entre el “yo” y el “mi” existe algo, que por decirlo de alguna manera responde a una situación social que se coloca al interno de la experiencia del individuo. Es la respuesta que el individuo da a las conductas que otros asumen de frente a él, en el momento en el cual asume en la confrontación con los demás una determinada conducta. Las conductas que toma de frente a ellos, que si bien están presente en su experiencia, contendrán un elemento de novedad. El “yo” da el sentido de libertad, de iniciativa. Le es posible actuar de manera auto consciente, somos conscientes de nosotros mismos y de aquello que es la situación, pero el modo exacto en el cual actuaremos no entra nunca a formar parte de la experiencia adquirida, solo después de que la acción fue completada, nos hacemos conscientes de ella (Mead, 1972:p.191).”

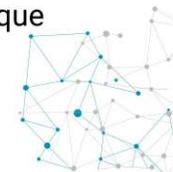
Mead, subraya la capacidad de las personas de dar una forma y de

dirigir su conducta, gracias al mecanismo de interacción con el Self (sí). La posición de Mead es que los individuos actúan sobre su ambiente y, de esta manera crean los objetos que lo pueblan. El distingue entre las cosas y los estímulos que existen a priori e independientemente del individuo, y los objetos, que existen solo en relación a los actos, y afirma que las cosas se transforman en objetos por medio de la actuación de los individuos. Un tomate, por ejemplo, sirve para alimentarse cuando es comido, o como objeto que manifiesta rabia cuando es tirado. El individuo actuando sobre él designa al tomate como comida en un caso y como arma en el otro. El tomate no es intrínsecamente las dos cosas: es una sola cosa antes de que el individuo actué sobre él (Wallace, Wolf, 2002).

El self como totalidad, como aparece en la experiencia social, es un conjunto derivante de las reflexiones estabilizantes del “otro generalizado” en el “mi” y de la espontaneidad imprevisible del “yo”. Esto explica que el self es un self abierto en construcción constante, por ende en reflexión constante. Mead sostiene que la conciencia se debe considerar como un flujo constante de pensamiento que surge en la interacción dinámica entre la persona y su ambiente. Los fenómenos mentales no pueden ser reducidos al rango de reflejos condicionados. La experiencia no es primero individual y después social, siendo cada individuo continuamente involucrado en una sucesión de actos conjuntos con otras personas, que forman con el tiempo su mente y le dan fisonomía. La conciencia no es un dato, sino una realidad emergente de la interacción entre distintos actores sociales.

La conversación con otras personas es una forma de pensamiento, en realidad es el prototipo del pensar interiorizado. El hablar externo contiene todos los elementos cruciales del pensamiento: los símbolos significativos y la capacidad de asumir la posición del propio interlocutor u oyente, como también la posición de un público generalizado.

Todos los ejemplos de Mead se relacionan con acciones físicas: un pensador toma las imágenes de sí mismo como objeto (mi) y las somete a prueba en varias situaciones. El otro generalizado funciona de público de frente a estos “mi” alternativos, un público que



juzga presumiblemente los éxitos de estos cursos de acción imaginados y por lo tanto elige entre ellos un curso de acción. El mismo proceso se verificaría en la acción social o en la acción intelectual. Mead subraya que la acción de pensar presupone el rápido encuentro de varios puntos de vista.

Si el pensar es una conversación interiorizada, esta debe estar compuesta por elementos que provienen de conversaciones pasadas y de conversaciones futuras o hipotéticas que esperamos tener. Por lo cual las conversaciones internas que se tienen con nosotros mismos deben estar conectadas a las redes de interacción social de las cuales formamos parte.

Podemos decir que no solo sería una conversación íntima en sentido estricto dado que la conversación interna se construye en la medida que se construyen las relaciones sociales de las redes de interacción.

“El self (si) es esencialmente un proceso social que se desarrolla en relación a estas dos fases distintas (yo y el mi). Si no existiesen estas dos fases, no podría existir una forma de responsabilidad consiente y no existiría nada nuevo en la experiencia (Mead, 1972:p.192).”

Mead agrega a estos aspectos tratados, la tesis, que la misma comunicación es posible solo en virtud de la organización social del self (si). Los signos pueden significar la misma cosa para el que habla como para el que recibe, solo porque entre las partes son capaces de asumir el rol del otro. Esto tiene lugar dado que en todos nosotros existe el “otro generalizado”. Sin el otro generalizado los signos no comunicarían nada.

“El “otro generalizado”, no forma parte del “si” de la misma manera que lo hacen el “yo” y el “mi”. No es una especie de “si”, y tampoco es un objeto. Es invisible y sin ninguna cualidad, solo adquiere sentido en cuanto este puede hacer algo. El “otro generalizado” es una capacidad de asumir un punto de vista, de ser en público, de leer significados a partir de los signos desde el punto de vista de la otra persona (Collins, 1999: p.308).”

Los signos ordinariamente son universales, pero el mundo como

nosotros lo percibimos momento a momento, se nos presenta de manera particular. La solución de Mead a este problema, es que la naturaleza universal de los signos deriva del otro generalizado. Nosotros asumimos las conductas del otro generalizado en referencia a los signos (palabras), que vemos utilizar a los otros y también hacia las palabras que nosotros mismos usamos. Las conductas universalizantes del otro generalizado producen signos universales. Nosotros asumimos mentalmente las conductas de todas las personas hacia estos signos, y esto los transforma en universales, o sea en particulares que son ejemplos de universales. Mead deja un espacio a una interpretación de los signos no verbales (Collins, 1999).

Con el concepto de rol social Mead, conecta el sentido de una norma que autoriza a los componentes de un grupo a tener determinadas actitudes en determinadas situaciones y al mismo tiempo los obliga a satisfacer las fundadas expectativas comportamentales de los otros.

“Si nosotros afirmamos nuestros derechos, pedimos una respuesta precisa porque son derechos universales: es una respuesta que cada uno debería dar y quizás dará. Aquella respuesta esta presente en nuestra misma naturaleza; en un cierto grado, nosotros estamos pre-dispuestos a asumir el mismo comportamiento de frente a alguno, si este nos dirige un reclamo del mismo genero. Cuando nosotros solicitamos aquella respuesta en los otros, podemos asumir la conducta de los otros, por lo que adaptar a aquello nuestra conducta. Existen series enteras de estas respuestas comunes en la comunidad en la cual vivimos, y es en estas respuestas que consiste aquello que nosotros llamamos instituciones. Las instituciones representan una respuesta común a una particular situación de parte de todos los miembros de una comunidad... Nos dirigimos para pedir ayuda al policía, pretendemos que el procurador del Estado instruya la práctica, que la corte enjuicie en un proceso al criminal. Damos por descontada las actitudes de todos estos funcionarios en cuanto esta implícito en la salvaguardia de la propiedad; cada una de estas conductas como un proceso organizado se encuentran en nuestra propia naturaleza. Asumiendo



estas conductas, asumimos las conductas de aquello que he definido como el "otro generalizado (Mead, 1972:p.236-237)."

La autoridad de la cual esta dotada la instancia del "otro generalizado" es la de una general voluntad del grupo. La autoridad del otro generalizado se diferencia de una autoridad basada solamente sobre las disposiciones de medios de sanciones por el hecho que se apoya sobre el consenso. En el momento en que se consideran las sanciones del grupo como las propias sanciones de si mismo para consigo mismo, esto debe presuponer el consenso a la norma de la cual en aquel modo se castiga la violación. Diversamente de los imperativos generalizados socialmente, las instituciones poseen una validez que es referible al reconocimiento ínter subjetivo, al consenso de los interesados (Habermas, 1997).

Cuando Mead hace referencia al control social, basándose en lo que antes había definido por el otro generalizado lo hace de la siguiente manera: *"El control social depende de la medida en la cual los individuos de una sociedad, son capaces de asumir las actitudes de los otros que participan con ellos en la misma tarea... Todas las instituciones sirven de control a los individuos que encuentran en ellas la organización de sus respuestas sociales (Mead, 1972:p.291)."*

Como hemos visto por medio del concepto del otro generalizado Mead, explica la formación de las instituciones en la interacción entre los distintos actores de la sociedad. Esta interacción que posibilita crear las instituciones civiles de manera simbólica, es también de alguna manera el proceso a seguir para crear las instituciones religiosas. Seguiremos la reflexión de Habermas, que aporta algunos elementos importantes para la comprensión de la formación de las instituciones según Mead.

La autoridad del otro generalizado funciona de manera tal que las transgresiones pueden ser sancionadas porque las normas violadas son validas.

Los participantes de la interacción mediada simbólicamente pueden transformarse de ejemplares de una especie animal, dotada de un ambiente innato específico de la especie, en pertenecientes a un

colectivo dotado de mundo vital solamente en la medida en la cual se forma la instancia de otro generalizado.

Podemos también decir una conciencia colectiva o una identidad de grupo.

En primer lugar, según Habermas, Mead analiza la estructura de la identidad del grupo utilizando el concepto de evolución de la personalidad, esto como estados de conciencia que se caracterizan por una función del yo y del mi, yo y súper yo: En los casos en los cuales el yo y el mi pueden fundirse surge un peculiar sentido de exaltación que es propio de las actitudes religiosas o patrióticas, en las cuales la reacción que un sujeto espera del otro es la respuesta que el mismo se esta dando.

En segundo lugar, según Habermas, Mead no emprende algún tentativo de demostrar como los más antiguos símbolos sagrados, en los cuales se manifiesta la autoridad del otro generalizado, puedan desprenderse de la interacción mediada simbólicamente. Este simbolismo religioso, en el sentido más estricto del término, que se encuentra debajo de la línea del hablar gramatical, constituye evidentemente el núcleo de la conciencia normativa (Habermas, 1997).

De lo expuesto hasta el momento podemos extraer algunas conclusiones que nos permiten hacer un análisis sobre la mediación simbólica de la religión, en particular sobre la atribución otorgada, a algún tipo de culto particular por una población determinada.

Intentaremos poner de manifiesto, de que manera el interactuar simbólico, de una población, otorga a una imagen sagrada un cúmulo de atribuciones partiendo de el otro generalizado.

La figura de San Cayetano en Corrientes

Mead propone tratar la experiencia individual desde el punto de vista de la sociedad. La sociedad tiene que ser considerada como una estructura que emerge a través de un proceso continuo de actos sociales de comunicación, por medio de transacciones entre personas orientadas recíprocamente.

En este marco, tomamos algunos de los elementos de la teoría



de Mead para analizar la figura de San Cayetano en Corrientes.

Para hacer comprensible, el título de este párrafo, es necesario hacer una breve referencia, a la situación socioeconómica de la Provincia de Corrientes, y al rol atribuido por la población a este Santo en particular.

Es mundialmente conocida la situación de crisis socioeconómica por la atraviesa la República Argentina, que tuvo como coronación el estallido social en diciembre de 2001, con un saldo catastrófico para la población.

Después de tres décadas de aplicación de políticas neoliberales, el proceso de empobrecimiento de la población, fue irreversible, llevando a todo el país a una situación de fragmentación social, nunca antes vista en la Argentina.

Esta profunda crisis, que afecta a todo el país se manifiesta con mayor fuerza en la población de la provincia de Corrientes, llegando a índices de pobreza superiores al 39,5% (INDEC, EPH, 2016) de la población.

En este contexto de vulneración de la sociedad, la población, se refugia en gran medida en la religión, que se manifiesta dadora de certezas, ante la situación de desprotección en la que se encuentra. En este marco la figura de San Cayetano, adquiere un rol fundamental, ya que la población le otorga la cualidad de ser el protector de pobres y desocupados.

En este contexto creemos poder analizar la figura de San Cayetano desde, la aproximación teórica del interaccionismo simbólico.

Como señalamos anteriormente Mead, subraya la capacidad de las personas de dar una forma y de dirigir su conducta, gracias al mecanismo de interacción con el Self (si). La posición de Mead es que los individuos actúan sobre su ambiente y, de esta manera crean los objetos que lo pueblan. El distingue entre las cosas y los estímulos que existen a priori e independientemente del individuo, y los objetos, que existen solo en relación a los actos, y afirma que las cosas se transforman en objetos por medio de la actuación de los individuos (Wallace, Wolf, 2002).

Si la actuación de los individuos produce un cambio en la percepción de las cosas transformándolas en objetos, y esta transformación es en función de la satisfacción de particulares necesidades de los actores, podemos decir que por medio de los mecanismos de interacción del "si", los actores pueden otorgar ciertas atribuciones particulares a una cosa, y estas atribuciones responden a los estímulos existentes a priori.

Por medio de la interacción simbólica, se le atribuye a una figura simbólica una serie de cualidades particulares, que respondiendo a los estímulos exteriores producen una resignificación simbólica.

Mead, concibe el yo como la capacidad generalizada de encontrar soluciones creativas para las situaciones en las cuales se encuentra en juego la autorrealización de la persona (Habermas, 1997).

Es el yo, con su creatividad particular que permite este proceso de adaptación en la interrelación, entre los distintos actores de una sociedad, es precisamente esta creatividad que se actúa de frente a las dificultades que permite resignificar un objeto, y de esta manera adecuarlo a las necesidades de autorrealización de la persona.

En el momento en el cual la persona ve en peligro su autorrealización, es el yo el que busca dar soluciones creativas a la situación.

Antes hemos señalado que el sentimiento religioso, se manifiesta en una particular interrelación entre el yo y el mi: "en los casos en los cuales el yo y el mi pueden en un cierto sentido fundirse surge el peculiar sentido de exaltación que es propio de las conductas religiosas.

También señalamos que para Mead el mi, es la parte del si en cuanto observada del punto de vista de los otros.

Si la sociedad esta compuesta por la interrelación entre distintos "si", y el si esta compuesto de dos momentos, uno creativo, y otro más pasivo. Visto desde el punto de vista individual, cada "si" se adapta a una nueva situación de manera creativa por medio de la función del "yo". En este proceso adaptativo a una nueva situación en la cual se vea peligrar la autorrealización produce la conjunción que permite el surgir de las conductas religiosas, en confluencia de manera única la percepción del "yo" y el "mi".



Cada individuo que vea peligrar su autorrealización reaccionara por medio de yo "yo" encontrando soluciones creativas a su medio simbólico, y de esta manera garantizara su autorrealización.

Si el porcentaje de personas de una sociedad, que ven amenazada su autorrealización, es grande, las conductas individuales se repetirán de manera tal que la reacción del yo como momento creativo se convertirá en "mi" que es la parte del "si" vista por los demás.

De esta manera los sujetos actúan en su ambiente creando los objetos que lo pueblan. Es así que la figura de San Cayetano se convierte en "objeto" de culto una vez resignificado por la interacción social.

Es importante rescatar que siendo San Cayetano, un santo italiano, la atribución del rol de protector de pobres es característica de Argentina, dado que en Italia, es considerado un santo entre tantos, mientras que en la Argentina es el santo que más devoción particular suscita. En otras partes del mundo, como ser Estados Unidos de América, viene considerado el protector de los automóviles.

Esta diversidad de atribuciones, puede ser explicada desde el interaccionismo simbólico, ya que es la comunidad de referencia la que otorga a su universo simbólico un valor particular.

El análisis que hemos intentado realizar seguramente se presenta limitado, pero nos posibilita explorar algunas corrientes teóricas para profundizar algunos fenómenos sociales. No pretende ser exhaustivo, y esta circunscripto a la dinámica de la interacción entre el "si" sus partes, "yo" y "mi", y el "otro generalizado".

"Sin dudas, asistimos a mutaciones en las creencias y prácticas religiosas, asociadas a las reconfiguraciones de la estructura social y de las tramas culturales e identitarias de nuestras sociedades contemporáneas. Profundos procesos de desafiliación y de re-afiliación subvierten los vínculos entre el individuo y las instituciones, entre ellas, las religiosas. Los fieles construyen sus propios itinerarios religiosos, apropiándose de creencias y estructurando sus universos de sentido a la medida de ellos mismos y de acuerdo a sus necesidades materiales, espirituales, simbólicas (Esquivel, 2010)".

Bibliografía

- Collins, Randal (1999) *Teorie sociologiche*, Bologna, Il Mulino.
- Coser, Lewis (2002) *I Maestri del pensiero sociologico*, Bologna, Il Mulino.
- Durkheim, Emile (1996) *Las formas elementales de la vida religiosa*, México DF, Editorial Colofón.
- Esquivel, Juan Cruz. (2010). Creencias y actitudes religiosas en sectores empobrecidos de Argentina: individuación y des-institucionalización en los umbrales del siglo XXI. *Sociedad y religión*, 20(32-33), 60-80. Recuperado en 22 de junio de 2017, de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1853-7081201-0000100006&lng=es&tlng=es.
- Habermas, Jurgen (1997) *Teoria dell'agire comunicativo, Il Critica della ragione funzionalistica*, Bologna, Il Mulino.
- Izzo, Alberto (2001) *Storia del pensiero sociologico*, Bologna, Il Mulino.
- Luckmann, Thomas (1989) "Religión y condición social de la conciencia moderna", en Palacios, Xabier (comp.), *Razón, ética y política*, Barcelona, Anthropos.
- Mead, Herbert (1972) *Mente sé e società*, Firenze, Giunti Barbera.
- Wallace, Ruth y Wolf, Alison (2002) *La Teoria sociologica contemporanea*, Bologna, Il Mulino.
- Weber, Max (1984) *Ensayos sobre sociología de la religión*, Madrid, Taurus.

